

El Mercurio. Santiago. 15-XI-1974. P.S.

OBRAS Y AUTORES:

Braulio Arenas: Actas Surrealistas

Por HERNAN DEL SOLAR

Por aquellos días, alguien dijo: —Se entra en surrealismo como otros entran en religión.

Eran días turbios, cansados. Se deseaba una vida diferente, un arte y una literatura que correspondieran a ese cambio anhelado con vehemencia. Pero no bastaba ese anhelo; era imprescindible crear la mutación, encontrar el camino hacia esa vida distinta. Los poetas y los pintores lo encontraron. Y hacia los descubridores acudieron las manadas del simple deseo, felices de tener una meta.

Todo esto ocurría antes de la primera guerra mundial. El siglo XIX tenía oscuros sus rincones, demasiado angostos sus pasadizos; era ineludible, para sobrevivir, buscar las puertas hacia la luz de un aire recién amanecido. El siglo XX caminaba con débiles pies de niño; cargaba sobre las espaldas a su antecesor, que no se decidía a morir. Pero no hay deseo que no se cumpla cuando la voluntad del deseo pone en juego a la imaginación para realizarse alegremente.

Esta es una bella historia que nos cuenta excelentemente Braulio Arenas en "Actas surrealistas", que edita en estos días Nascimento. Del autor no se necesita señalar la filiación. Todos le conocemos dentro de nuestra literatura y sus alrededores. Es un poeta que disfruta del poder de las palabras, un novelista que ha abierto ampliamente sus puertas a la imaginación, un ensayista que no divaga, dueño siempre de su tema. En este libro, de varias maneras podemos apreciarlo en estas tres actividades: el poeta selecciona su material entre la política surrealista, que cambia de países, de autores, pero no de espíritu esencialmente creador, el prosista publica unas muy loables páginas suyas, como "En el océano de nadie" cualquiera puede admirarlo; y el ensayista aparece como mirando hacia lo lejos, hablándonos en voz baja, pero en todo momento muy lúcido, capaz de buenas síntesis, y cordialmente evocador de unos días que oxigenaron la historia. El prólogo es un ensayo que se recorre con viva satisfacción. Veamos cómo evoca la entrada al vocabulario cotidiano de una palabra que hasta hoy sirve para muchas cosas útiles. El siglo XX aparecía en escena. La palabra "moderno" saludaba a los cuatro vientos y decidía visi-

tarnos por largo tiempo. "Precisamente ese término: "moderno" —nos recuerda Braulio Arenas— se convertiría en el pan cotidiano, en la explicación de todo. Era moderno el traje corto de las mujeres, la melena a lo garzón, los cigarrillos turcos, las boquillas de treinta centímetros, la práctica de los deportes, las quirománticas, el cemento, el salto alto, los empresarios, los ejecutivos, la teoría de la relatividad, los cow-boys, los rascacielos, el psicoanálisis, la montaña mágica, las reinas norteamericanas de las salchichas, los príncipes arruinados, los grandes ventanales a lo Mondrian, los fetiches africanos, los rayos X, el ballet ruso, los gangsters de Chicago, los automóviles de carrera, los trust, los divorcios, el urbanismo de Le Corbusier, el charleston, el tiempo perdido de Proust, el gramófono, la radio, Rodolfo Valentino, el teléfono, el tango, el Ulises de Joyce, las actrices de cine, las quiebras de los banqueros".

En pocas líneas, toda una época. Nadie la ha olvidado. De repente, en nuestra vida diaria actual, salta como un conejo entre los días algún eco de cualesquiera cosas de las enumeradas por Arenas. Vienen y van las reinas, sean o no de salchichas, no faltan los príncipes que pasean en avión y en automóvil su indigencia, los rascacielos obedecen al "creced y multiplicaos", y si algunas otras cosas parecen definitivamente arrinconadas es por simple distracción de las cosas mismas, de pronto saltarán de su escondrijo y nos darán sensaciones nuevamente apetecibles.

Los poetas dieron movimiento y gracia a personas, "artefactos", acaeceres. Buscaban el mundo nuevo y lo iban encontrando, ensanchando, enriqueciendo, llenándolo de luz y de asombros.

Todo era posible, desde luego. Y lo que no lo parecía, en alguna parte aguardaba la realización feliz de su posibilidad. Recordemos las grandes búsquedas. André Breton decía, por ejemplo: "Todos nos hace creer que existe cierto punto del espíritu en donde la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable, lo alto y lo bajo dejan de ser percibidos contradictoriamente". Había que buscar ese cierto punto tan cierto —al menos para los

afanosos de milagro— y no tomar nunca en cuenta a los mortales enemigos de la búsqueda: los desdénosos y los depresivos. Una magnífica vitalidad debía acompañar a los buscadores. Los poetas la tenían. Lo demostraban con imágenes radiantes, con imaginación nunca menguada, con fe llena de armonía.

Pues bien: "Actas Surrealistas" es una gira espléndida hacia esos días asombrosos. Braulio Arenas abre con explicable melancolía —la confiesa claramente— el "cajón de su juventud" y de él asoman los papeles surrealistas, entonces, le acompañaron y que no pueden abandonarle hoy. El que ha mirado el mundo como el poeta de entonces lo hizo, no puede ser ahora vasallo de la amargura, del desaliento, de la derrota. Braulio Arenas nos entrega en esta antología trozos memorables de poemas, de cuentos, de ensayos, de manifiestos surrealistas.

Si alguien, con un desdén muy difundido, se encoge de hombros y cree que leer esta antología es introducirse en un tiempo muerto, en un cementerio tan sin destino como todos los cementerios, y dice con énfasis: "El surrealismo es cosa definitivamente pasada. Sus dueños son unos pobres difuntos. Sigamos adelante", merece indudablemente que se le responda que es un mal observador, un lector de baja ralea. Pare la oreja mientras le dé cuerda a su inteligencia receptiva, a su memoria alerta, y advertirá en seguida, a través de la mejor prosa y, sobre todo, de la mejor poesía de estos años, de este presente en que estamos, advertirá —repetimos— cómo el chisporroteo repentino del surrealismo enciende imágenes que le dan, a menudo, su mayor valor a todo el contexto.

Definiéndonos su libro nos dice Arenas: "Son una proposición, un resumen, pero a su vez, son un grito, un desafío, una poesía hecha por todos". Y para todos, claro está. No se equivoca el escritor, que en tanta obra que no se olvida: —"La promesa en blanco", "Adiós a la familia", "El juego de ajedrez", para no citar sino las mejores a nuestro juicio— nos hace revivir jubilosamente una aventura de la poesía que tuvo por escenario el mundo entero.